

...Toda la noche se despertó con un
 ...en, tienen en el pecho un corazón
 ...fondo se remonta á la época
 ...de los reyes de España, y
 ...el cual, como una gran
 ...monarca, á un lado de
 ...nuestro experimental, para
 ...las venas de México.

...El mismo sistema que el
 ...exposición, la historia, la
 ...nuestro presento la historia
 ...del fin y principio de los
 ...que se encuentran en el
 ...de la historia.

...En la historia que á
 ...los historiadores que en
 ...los hechos que se
 ...deben de tener por
 ...antecedente al
 ...que en la historia
 ...debe de tener por
 ...debe de tener por
 ...debe de tener por

...responde al punto de
 ...de la planta de las
 ...las cosas más
 ...las cosas más
 ...las cosas más

EL EUNUCO

...de la historia, la historia
 ...de la historia, la historia
 ...de la historia, la historia
 ...de la historia, la historia

CUANDO el tranvía llegó al pueblecillo, los viajeros estiraron los miembros, asomaron las cabezas y contemplaron aquella deliciosa mañanita del tiempo de lluvias. El río, parlanchín y agresivo, corría por entre guijas, como rezongando de que lo hicieran á la fuerza adelgazarse, torcerse y quebrarse de sutil para mover aquel ingenio de la fábrica, que á su vez imprimía vida á tantos husos, telares, diablos y demás maquinillas; los árboles ostentaban un halo de neblina que el sol naciente hacía caer como cae el velo de una desposada en su noche de boda; la yerba

ALFONSO ALFONSO

estaba salpicada de menudo aljófara que deshacía la planta de los campesinos; todo era paz, todo mansedumbre, todo honda y profunda calma.

Solía trabajarse por la noche en la fábrica, y la gente obrera permanecía sobre las ociosas y bien cuidadas camas mucho más de lo que habría convenido á quien se interesara un ápice siquiera en los espectáculos de la naturaleza. Sólo se hallaban en pie un viejecillo rechoncho, lampiño, de carne fofa, de busto corto, de largas piernas y de regordetes y desmesurados brazos; sus trabajadores, á los que aguijaba con la voz y con el ejemplo, y los tres gendarmes que formaban el destacamento de seguridad del lugar. Uno de esos guerreros limpiaba con mano cariñosa un cuartago con más tachas que el famoso de Gonela, otro remendaba y componía unas guarniciones, y el tercero, con aspecto de cabo ó sargento y por la pinta mohino y fastidiado además, contemplaba aquellas faenas envuelto en el capote de reglamento, sin dársele una higa de cuanto pasaba.

Don Vicente, el rico hacendado, saludó

al hombrachón y le preguntó por el estado de las siembras; y mientras los cocheros enganchaban un tronco de mulas *mojinas*, más *rejegas* que suegra vieja, alguien dijo:

—Y qué méritos tiene Rubalcaba para que le coloquen en su casa, como quien dice, un puesto de gendarmes que lo vigile y atienda? Ya quisiéramos nosotros tener algo así siquiera á una legua del casco de nuestras haciendas.

—¿Luego no lo sabe?—preguntó el médico, que se había entretenido leyendo no sé qué mamotreto de su ciencia enmarañada y torpe. Don Prudencio teme á los ladrones como á los mismos demonios, y puede decirse que costea ese destacamento por las concesiones liberales que le otorga. No hace mucho que los cacos horadaron una pared de la Porreña, su finca á tres leguas de aquí, y sacaron granos, dinero y animales. El año pasado perdió más de cincuenta cabezas que le *pelaron* sólo en los potreros del Limón y la Noria, y como cien en la estancia de los Parados; pero todo eso, con importarle mucho, no le importa tanto como las amenazas que han lanzado

los cuatreros de hacer trizas al ricachón, para vengar la muerte de los suyos que han perecido á mano airada por las artes de don Prudencio; pues á lo que parece los bandoleros tratan de poner en práctica aquello de "al capón que se hace gallo, azotallo." Y como el maldito viejo sabe de qué clase las gasta esa gente, tiene buen cuidado de ocultarse y tomar precauciones.

—Ya comprendía que este ranchero debía ser algo distinto de los de su clase, dijo el profesor de Historia, que preparaba la *picha* leyendo afanoso en un libraco. No sé, pero se me figura á uno de aquellos misteriosos eunucos blancos que con vestimenta de oro, turbante cuajado de pedrería y alfanje al cinto, que aparecen en todas las escenas de sangre, ambiciones y amor del imperio turco antiguo. Dentro de un caique, cuidando hermosuras de pantalón y velo, me parecería mejor que en este corral, entre gallinas y vacas. Narses

—Pues ya veo, dijo el médico, que tiene buen ojo el señor Licenciado; como que precisamente este pobre sería, si se lo propusiera, el mejor soprano de la comarca. ¿Lo

cuento? ¿Quieren ustedes que lo cuente? Vale que no hay aquí quien se escandalice; todos somos hombres, y talluditos.

Pues, señor, érase que se era el tiempo aquel en que el bellaco don Antonio Rojas recorría el mundo causando más espanto que una legión de demonios sueltos y á sus anchas.

Rubalcaba, mocetón fuerte como un castillo, afanoso como una máquina de vapor, y á quien no arredraban días ni noches, distancias ni dificultades, era mediero en una hacienda del valle de Ameca.

Ustedes nosaben quién fué Rojas ni lo que significaba su aproximación: las muchachas bonitas, la plata labrada, la ropa lujosa, el dinero, los animales todo se llevaba, cargaba con todo. Cuando se gritaba: "que viene Rojas," los hombres se ponían en cobro, las mujeres lloraban, los chicos se echaban á temblar como si tuvieran un Almadén en las venas, y todo el mundo creía llegada su última hora. No respetaba el malvado ni iglesias antiguas, ni imágenes taumaturgas, ni conventos, ni tocas Despojó al milagroso Señor

de las Maravillas de su corona de tres potencias, hechura del famoso platero Hernández; se robó la custodia de la iglesia del Cerrito, alhaja que se atribuía no sé si á Jiménez, á Arfe ó á Becerril, vistió á una de sus barraganas, la famosa *Juana la loba*, con las admirables telas que arrebató de las iglesias—amitos finísimos, cingulos delicados, albas como espuma—y hasta se atrevió—horror causa decirlo—á poner mano en los cadáveres de los obispos depositados en los subterráneos de la Catedral por quitarles sus joyas, sin que le impusieran respeto el cuerpo del benditísimo Mendiola, que todavía permanece incorrupto, ni el del santo Colmenero, ni el del mirífico Alcalde

Al saberse la llegada de Rojas, todo el mundo abandonó la hacienda, temeroso de que le tocara el nublado. Quietos quedaron arados y carretas, abiertos trojes y graneros, y hasta la casona de la finca, en que se guardaban alhajas, ropa, primores de mantelería y provisiones, quedó á disposición del facineroso.

Sólo Rubalcaba, el mediero de la Rinco-

nada, permaneció en el jacal de adobe y paja que acababa de construir, ó creyendo que lo dejarían en paz, ó decidido á defender lo suyo hasta el último extremo. “¿Qué pueden sacar, decía, de este pobre *coamil*, y de este rancharo todavía más pobre?” Y tenía, vaya si tenía dinero; mil ó dos mil duros de principalito, nadie se los quitaba.

Contra lo que esperaba don Prudencio, pronto supieron los *rojeños* que allí estaba él, y una mañana el propio don Antonio se personó en su aduar.

—Buenos días, hombre ¿Por qué no te fuiste con don Simón, el dueño de la hacienda? No nos tuviste miedo. Bien hecho; no comemos gente.

—Buenos días le dé Dios á su mercé. No sabía que el amo se hubiera ido; como tengo que apurarme en cuidar mi laborcita, porque hay tanta gente *perjuiciosa*, no he ido hace mucho tiempo á la casa grande.

—Vaya, vaya. ¿Y cómo estás de dinero, hombre? Ustedes los rancheritos tienen sus buenas *pachochas* guardadas; y la tuya, cabalmente, les vendría retebién á estos amigos (señalando á sus sicarios, que lo acom-

pañaban montados en briosos caballos, envueltos en tilmas y cubiertos con sombreros jaranos hasta los ojos).

—Ah, qué señor; pero ¿qué dinero quiere su mercé que tenga, contestó más muerto que vivo el pobre aparcerero, si todavía no levanto la primera cosechita?

—Pues ya lo soltarás, que ó me conoces de cara y mañas, ó por lo menos habrás oído hablar de mí. Yo soy quien le mandó sacar los ojos á Antonio González, yo quien hizo andar dos leguas por la sierra á Pedro Dávila después de arrancarle las plantas de los pies, yo quien mató á Blancarte después de rendido, cuando dormía confiado en Guadalajara. En fin, ya me conocerás, aunque sea de nombre.

Algo contestó el cuitado, algo porfió Rojas; pero el capitanejo, enemigo de que los negocios criaran moño, dió cierta orden á uno de sus segundos y se retiró á la sombra de un *camichtn*.

Entre tanto, el Juan Diente de aquel malvado afilaba en una piedra cercana el machete que gastaba de ordinario, lo probaba en la epidermis callosa de su mano izquier-

da, lo empapaba en agua y volvía á su tarea. Cuando creyó que el arma estaba lista, anunció cuál era el castigo que se había decretado contra el remiso: el mismo tremendo castigo que al enamorado filósofo Abelardo aplicó la zaña vengativa de Fulberto.

El mísero ranchero rogó, suplicó, lloró y se mesó los cabellos; pero ni los ruegos fueron oídos, ni las súplicas escuchadas, ni movió á compasión el llanto, ni el mesamiento de cabellos fué de provecho alguno—“Pos si no *quere*, *suelte* las jolas” era la contestación de los desalmados.

Pensó en ello don Prudencio; pero luego se le representaron las noches pasadas al raso, velando la milpa que ostentaba sus ricas panojas; los días transcurridos tras de la yunta, al rayo del sol, comiendo mal y de prisa las humildes *gordas*; las añagazas que en el pueblo tenía que emplear para vender su mercancía; las privaciones que se había impuesto para atesorar la suma que tenía guardada detrás de un lienzo de cerca, dentro de una olla de barro vidriado; y pudieron más la avaricia y el

afán de atesorar, que el amor á la vida, y más que á eso, á la virilidad, al amor, á los senos ebúrneos, á los semblantes delicados, á los talles cimbradores; y como viera al pillo del chafarote empuñando su terrible instrumento, exclamó en un arranque de resignación:

“Dios mío, ¡qué estos hombres tengan buena mano!”

Y allí tienen ustedes el origen de esa hilacha, de ese residuo de hombre, *podrido en pesos*; pero triste hasta la muerte.

10 de julio de 1900

LA BATALLA DE PAVIA

(CONFESION DEL INculpADO)

ME hallaba, por fin, en un juzgado de lo criminal, sitio semejante al en que habían pasado tantas y tantas torturas las criaturas de Gaboriau y de Bélot, á quien yo admiraba tanto, é iba á ser interrogado á propósito de aquel suceso tan trascendental é importante y que tanto papel había de desempeñar en mi vida.

Era el juzgado vasta pieza enladrillada á trechos y á trechos mostrando la tierra apisonada por la presión de muchos pies humanos. Dos ó tres mesas con carpetas de hule roñoso, un estante que delataba